



 Las fuerzas
contrarias Lorenzo
Silva



DESTINO

Bevilacqua y Chamorro

Las fuerzas contrarias

Lorenzo
Silva

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1686

I

L'ombra della luce

Al cabo de los años, cuando el vendaval del tiempo se ha llevado la hojarasca, lo que queda en el recuerdo es sólo lo que nos mordió en el corazón. Acordarse significa eso: traer al corazón de nuevo lo que una vez albergó, porque el resto cada día importa menos, hasta que llega uno en el que ya no importa nada. No cuenta tanto la singularidad de la experiencia o el escenario como la capacidad que tiene un hecho, el que sea, de pellizcarnos ese músculo que nos mueve y cuyo latido somos hasta el punto de depender de él. Por eso, aunque el lugar era una cafetería semivacía y desangelada al costado de una gasolinera, el momento una tarde cualquiera de viernes y la ocasión una reunión previamente concertada dentro de la enésima investigación que mis compañeros y yo afrontábamos juntos, en seguida comprendimos los tres que lo que estábamos viviendo no se nos iba a olvidar nunca.

Habíamos quedado allí porque estaba relativamente lejos del pueblo donde se centraba nuestro interés, porque el establecimiento no solía verse muy concurrido y porque era lo bastante grande como para permitirnos conferenciar sin dar entretenimiento a ningún curioso. Por si alguno de los presentes tenía el oído demasiado fino, nos habíamos instalado en el rin-

cón que se encontraba más próximo a la televisión, para que el ruido del aparato se sobrepusiera a nuestras voces.

De pronto lo vimos, sobre fondo gris, en la gran pantalla que estaba casi encima de nosotros. Uno de esos hombres cuya efigie se entrelaza durante un tiempo con el fondo de los días, uno de esos que dicen que toman las decisiones, aunque la mayoría de las que firman, en un mundo demasiado complicado para gobernarlo y un país demasiado insignificante para gozar de verdadera independencia —como lo son la mayor parte de los países—, les vienen dadas por las circunstancias. Comparecía, precisamente, para transmitirle a la ciudadanía que al día siguiente su Gobierno celebraría una reunión extraordinaria en la que aprobaría un decreto con medidas excepcionales. No dio detalles de lo que iba a disponerse en ese decreto; sólo adelantó que se dictaría al amparo de la legislación del estado de alarma para movilizar todos los recursos ante la emergencia sanitaria a la que trataba de responder. El mensaje no fue muy largo, poco más de seis minutos, y daba la impresión de estar escrito por un redactor competente: buena sintaxis, sin excesiva carga de adjetivos, y pocas ideas, expresadas de forma clara y directa. Al final, el orador apeló a la responsabilidad de todos y cada uno en su respectiva parcela para protegerse y proteger a otros, y se despidió con un llamamiento a permanecer unidos frente a aquella amenaza.

Lo escuchamos los tres en absoluto silencio, como las otras cuatro personas que había en el local. Alguna estaba lejos, pero no necesitó acercarse para oírlo. Chamorro fue la primera en hablar, tan pronto como el hombre con el traje azul desapareció de la pantalla.

—Tenías razón —dijo, mirándome—. Nos encierran.

—A nosotros no —bromeé—. Ya lo has oído: «Movilizar todos los recursos, civiles y también militares». Me temo que eso nos incluye.

—Lo lleva diciendo desde hace dos semanas —explicó Chamorro, dirigiéndose al cabo Arnau—. Que esto se iba de las manos y que nos iba a tocar pasarlo como las pestes antiguas, echando el cerrojo.

—No tiene mucho mérito —dije—. No hay más que leer un poco, y no hablo sólo de libros. En ellos están contadas las pestes, desde esa de Atenas del siglo v antes de Cristo que vivió y escribió Tucídides, pero bastaba con seguir con un poco de atención las noticias. Si en China no han tenido otra que cerrarlo todo para contener la mortandad, no sé qué esperaban aquí, después de que el virus nos llegara a bordo de los mil vuelos que recibimos a diario. Y sobre todo, después de que saltaran los casos en Valdemoro, en Torrejón y en Leganés. ¿No habéis pensado en lo que tienen en común los currantes de esas tres ciudades?

Arnau lo cazó al vuelo:

—Todos van en Cercanías a Madrid y pasan por Atocha.

—Exacto, mi pequeño saltamontes. Hace semanas que tenemos en marcha una gigantesca centrifugadora de virus en Madrid.

—A lo mejor me lo habéis traído hoy vosotros —cayó de pronto en la cuenta—, a mí, que estaba aquí a salvo en el campo.

—No lo descartes...

—¿Y tenéis mascarillas?

—Yo tengo una de esas de papel para hacer brico-

laje. Para que no se te meta en las narices el polvillo de la madera o del ladrillo.

—Yo ninguna —dijo Chamorro.

—Pues estamos buenos.

—En manos de la Providencia, como siempre —concluí.

De pronto, nos quedamos callados. Volví la mirada al puñado de parroquianos, que también lo comentaban con semblante risueño: esa necesidad que tiene la criatura humana de responder con humor a la tragedia, cuando asoma, para no terminar de aceptarla, para negarle jurisdicción sobre su irrisoria parcela individual. Así llueva fuego del cielo, hay que empeñarse en creer que carbonizará sólo a otros. Hasta que uno piensa en los suyos, y comprende que entre esos otros, entre los más débiles, los más expuestos, los más infortunados, también hay gente cuya desventura sentirá como propia. Y en aquella coyuntura particular, para empeorarlo, se abría un periodo en el que ni siquiera íbamos a tener la opción de darles un abrazo que los confortara.

—Ha dicho que serán quince días —quiso consolarse Arnau.

—Para empezar. Dos meses como mínimo. Ya lo verás.

Nunca me he tenido por profeta de nada. De hecho, me considero especialmente inepto para avizorar el futuro. Pero aquello no era hacer ningún pronóstico; me limitaba a levantar acta de lo que ya teníamos encima, de lo que ya antes había arrollado a otros y ahora había de arrollarnos a nosotros, porque los humanos, que tienen el prurito de creerse distintos y en particular mejores que sus semejantes en cuanto perciben en ellos el más nimio matiz, padecen el destino de com-

partir una naturaleza que los arroja a los pies de los mismos caballos.

—Eso nos plantea una situación —constató Chamorro.

—Efectivamente —asentí.

Ambos observamos entonces a nuestro compañero. Tenía dos hijos pequeños, una mujer, a los que no veía desde hacía una semana y con los que de pronto se le abría la perspectiva de no poder reunirse por espacio de varios meses. Había aceptado un sacrificio que ya tenía un coste alto, aunque bajo unas condiciones; entre otras, que al menos cada dos semanas se le permitiera ir con los suyos. Y ahora, por obra y gracia de aquel virus que dos días antes la Organización Mundial de la Salud había declarado causante de una pandemia global, forzando al jefe de nuestro Gobierno a tomar disposiciones drásticas, se veía en el dilema de prolongar esa separación durante un tiempo impredecible.

—Si no lo ves, dímelo —animé a mi subordinado.

—Si no veo qué, mi subteniente.

—Si no crees que te merezca personalmente la pena el precio que tienes que pagar —le aclaré—. Vuelvo a Madrid, hablo con nuestro comandante y si hace falta le pido audiencia al coronel. Y le digo que no podemos hacerte esta putada, que el sospechoso seguirá ahí cuando se acabe la alarma, y entonces podremos volver a meterle mano.

—¿Desde cero? ¿Desperdiciando todo el esfuerzo hecho hasta aquí?

—Por el de los demás no te preocupes. Piensa sólo en el tuyo, que eres quien ha puesto más carne en el asador. Los demás ya haremos lo que haya que hacer, y si hay que inventar otra cosa, se inventa.

—El jefe tiene razón —me respaldó Chamorro—. Se trata de un caso de fuerza mayor, nadie contaba con esta situación excepcional.

Arnau se quedó pensativo.

—Y si precisamente la situación excepcional...

No terminó la frase, con lo que nos dejó a la brigada Chamorro y a mí imaginar el resto: y si la situación excepcional fuera la mejor forma de abrir la lata que estábamos intentando perforar desde hacía ya un mes y medio. Desde el punto de vista estrictamente técnico no tenía ninguna objeción que hacerle. En realidad, no podía dejar de suscribir su razonamiento: la gente es más vulnerable cuando sucede algo que la enfrenta a su finitud y a su soledad existencial, y aquella era una de esas ocasiones. Lo iba a ser para todos los que la encarábamos.

—Llegados aquí, me importas más tú —le aseguré—. Y tu gente. A ese tío lo quebraremos como sea. Si no es por esta vía, será por otra.

—Es que me da que estoy a punto. Y que nos encierren bien puede ser el empujón que me faltaba para ganármelo. Lo presiento, jefe.

—Piénsatelo bien. Yo no te obligo. Al revés, si hace falta, remuevo cielo y tierra para sacarte de aquí. Y sabes que no te miento. Lo que menos me preocupa es cómo le haremos la cama a ese mendrugo.

—Por eso me lo estoy pensando. Tampoco lo subestimemos.

—¿A nuestro sospechoso?

—No es Leonardo da Vinci, pero recuerda que tiene lo que hay que tener para llevar seis meses haciendo su vida como si nada, sin dar un paso en falso y sin dejar ningún hilo suelto. A lo peor, si se nos escapa ahora, resulta que con todo el tiempo que tiene para pen-

sar termina de armarse su búnker mental y ya no se lo derribamos nunca. No será el primer mendrugo capaz de ocultar un cadáver sin que una legión de sabuesos tan listos como nosotros acierte a averiguar dónde está.

Inspiré hondo y eché un vistazo a mi alrededor. Ahí estábamos, en una gasolinera de una carretera secundaria de Extremadura, a cientos de kilómetros de nuestras casas, hablando de cómo derrotar al autor probable de un homicidio, mientras todo el mundo se preparaba junto a los suyos para vivir una época incierta y tratar de sobrevivir al azote que la desencadenaba. Yo ya no era joven, pero tampoco lo eran mis compañeros, a quienes había conocido como veinteañeros en plenitud de ingenuidad y de fuerzas. Chamorro, aunque no se le notara, ya no iba a cumplir los cuarenta y cinco, y Arnau, que mediaba la treintena, era padre de familia. Cada año que pasaba los tres estábamos menos hechos para aquella vida a salto de mata, en la que los días, más que el calendario, los marcaban el trajín de nuestros oponentes y la necesidad de encontrar las pruebas para encausarlos o, como sucedía allí, el cuerpo que libraría a una familia de caer en el agujero negro de un duelo imposible de cerrar. No elegíamos el cuándo, ni el dónde, y en nuestra ruta había demasiadas cafeterías como aquella, en la que no se veía el esmero de nadie que hubiera pensado en alegrarles un poco la existencia a sus semejantes. El mobiliario, la barra, hasta la decoración de las paredes, denotaban el mínimo esfuerzo, el que merecíamos los forasteros en tránsito, los bebedores locales o el camarero inmigrante que acataba en la barra salir adelante atendiendo aquel negocio.

Arnau tenía razón. Un investigador de homicidios no puede darse el lujo de menospreciar a sus contrin-

cantes, incluso en el caso de que no le parezcan demasiado despejados. Para acabar saliendo impune de un crimen ayuda la inteligencia, pero más que esta ayuda el cuajo que tenga el criminal para no venirse abajo ante las dificultades que se le opondrán para negar su culpabilidad. Aquel tipo, por primario que pudiera dar la impresión de ser, había resuelto satisfactoriamente el primer problema: no deshacerse del cuerpo en un sitio en el que fuera descubierto antes de tiempo. Y cuando lo habíamos interrogado como testigo, por razón de su vecindad con la víctima, había sabido darnos el pego como el más ajeno a los entresijos del caso. Sólo después de meses devanándonos los sesos, y atando mil cabos a partir de otros testimonios, habíamos llegado a la convicción de que él era el hombre al que buscábamos. A la vista de lo correoso que nos parecía, habíamos optado por aquella solución extraordinaria: infiltrar en su entorno a alguien de los nuestros, de su edad y al que no conociera por las diligencias anteriores. Coincidió que Arnau cumplía con todos los requisitos, porque durante los primeros meses de la investigación una fastidiosa lesión de rodilla lo había mantenido apartado del servicio. Las semanas de vacaciones forzosas le habían dado argumentos para convencer a su mujer de presentarse para aquella misión, que en un principio contemplábamos que se prolongara durante un máximo de dos meses o dos meses y medio. Hasta que había llegado el virus.

—Insisto —le dije al fin—. Tú decides.

Lo vi dudar. Lo vi sufrir. El cabo Arnau era uno de esos idiotas que se creen lo que dicen creer; en su caso, que lo primero es estar donde sea necesario para prestar servicio a los ciudadanos y a la vez que la familia es la primera responsabilidad que tiene quien da el paso

de formar una. Ahora sus dos prioridades colisionaban y no veía cómo salir de semejante atolladero. Cuando me disponía a echarle un cable, cargando la decisión sobre mi espalda y presentándole como hecho que abortábamos su misión, golpeó la mesa con los nudillos y dijo:

—Decidido. Me quedo.

—¿Estás seguro?

No me respondió con palabras. En su teléfono móvil abrió la galería de fotografías y me mostró la de una mujer de poco menos de cuarenta años, confiada y sonriente. Sabía su nombre: Esperanza Gil. También que hacía más de seis meses que estaba desaparecida y que todos los indicios apuntaban a que ya no habitaba el mundo de los vivos.

—No puedo dejarla sola —dijo—. No ahora que estoy tan cerca de encontrarla. Y tú lo sabes igual que lo sé yo, jefe. Tú me lo enseñaste: somos lo único que tienen los que, como ella, ya no tienen nada.

Sacudí la cabeza.

—A veces debería ahorrarme esas frases estupendas.

—No serías tú —apuntó Virginia.

—Y tú deberías ayudarme a sacarlo de aquí —la regañé.

—No se va a dejar. Ni tú quieres sacarlo, en el fondo.

Me revolví contra aquella suposición.

—Ahí te equivocas. Soy padre. He visto deshacerse mi familia. Sé lo que eso supone, y que todo esfuerzo es poco para preservarla.

—Hablaré con Marta —dijo Arnau—. Lo entenderá. Y los niños son pequeños, ya encontraré la forma de devolverles este tiempo.

Los miré a ambos. Si en la vida había acertado a tener algo así como unos discípulos, ellos eran los más firmes candidatos. De ahí que supieran no sólo desarmarme con mis propios argumentos, sino cómo arreglárselas para minar completamente mi autoridad. Los dos habían asumido, en parte por mi culpa, que no se puede hacer nada mejor por uno mismo que sacrificar por los demás la propia conveniencia, y que no hay orden, ni jefatura, frente a las que no se deba defender el propio criterio hasta llegar, si hiciera falta, al filo de la insubordinación.

—Está bien —me rendí—. No puedo imponerte una cosa ni la otra. Sólo espero que no te arrepientas. Y que acabe dando resultado.

—Cuenta con ello —aseguró.

—Hablaré de todas maneras con los jefes, y con nuestro enlace en la comandancia, para que tengas todo el apoyo que necesites.

—Estoy bien instalado. Y mi cobertura la puedo adaptar sin mucho problema a lo que vaya viniendo. Estuvimos inspirados ahí.

En eso no podía sino estar de acuerdo con él. Si nos hubiéramos complicado más la vida con su tapadera, habría sido difícil sostenerla en la nueva situación. Arnau, como atestiguaba el descuido de su pelo, su barba y su indumentaria, pasaba desde hacía mes y medio por un friqui de la informática que trabajaba a distancia para Google y que había huido de la ciudad para que el dinero que ganaba le cundiera más y porque su modo de vida sedentario y malsano le había dado un disgusto de salud y quería reconectar con la naturaleza. Por eso había tomado la decisión de mudarse a aquel pueblo y alquilar una casa con un pequeño huerto al final de la calle donde vivía el sospechoso. Por lo

que de este habíamos averiguado, no tenía otro interés vital, aparte del cultivo de las tierras que le había dejado en herencia su padre, que los videojuegos y las redes sociales, en las que mantenía varios perfiles dedicados sin mucho éxito a la búsqueda de una posible pareja.

Antes de subirnos a nuestros respectivos coches, todavía con esa sensación extraña de quienes acaban de aterrizar en un planeta que es y no es el que conocían, quise ponerle a prueba por última vez.

—Aún estás a tiempo de pensártelo.

—No hay nada que pensar.

Bajo aquellas greñas y aquella ropa de mamarracho, vi a un tiempo al chaval que me habían puesto en las manos más de una década atrás y al hombre ya bregado en la convivencia con el dolor y la crueldad de la especie a la que ambos pertenecíamos. Todos acarreamos en nuestro interior a los varios o los muchos que hemos sido; de todos ellos se alimentan nuestras fortalezas y nuestras debilidades. Los dos que vi en Arnau tenían algo en común: ese pundonor, su condena. La tarde era templada y soleada. La brisa soplaba ligera y amable. A lo lejos se oía el canto de un pájaro. Nadie diría que entrábamos en un túnel del que íbamos a tardar demasiadas semanas en salir. Que la muerte se había escapado de su cauce, ese del que en circunstancias ordinarias, mejor o peor, y nunca a satisfacción de nosotros mismos, oficiábamos como centinelas.

—Lo primero de todo, llama a tu mujer —le exhorté—. Estaremos encima por si le hace falta cualquier cosa, a ella o a los niños.

—Con eso ya contaba.

—Anda, Juan, dame un abrazo.

Me miró dubitativo.

—Todavía no han declarado el estado de alarma —alegué—. Piensa que, si te lo teníamos que contagiar, ya te lo habremos contagiado. Y quién sabe cuándo volveremos a vernos y a tener la oportunidad.

No se resistió más. Fue un abrazo breve, dos palmadas cada uno en la espalda del otro. El último más o menos normal que le di a alguien en mucho tiempo, así de vivamente iba a grabarse en mi memoria.

—Estamos en contacto —le dije—. Y no me corras riesgos.

—Yo creo que le puedo si la cosa se tuerce.

—No hay ninguna necesidad de averiguarlo.

—Cuídate, Johnny —le pidió Chamorro—. Yo no te doy un beso, que soy tu brigada y bastante me ha costado que se me respete.

—Gracias, Vir. Cuidaos también vosotros.

Lo vimos montarse en el vehículo que le habíamos proporcionado para su misión, un Toyota todoterreno bastante aparente que no debía de pasarle inadvertido a su objetivo: cualquier cebo podía servirnos para que el pez picara el anzuelo. Enfiló la salida del área de servicio y se incorporó a la carretera levantando una nube de polvo de la cuneta mientras sacaba el brazo por la ventanilla para despedirse.

—Mira lo que hemos criado —le dije a Chamorro.

—Poco orgulloso que estás tú de la criatura —repuso.

—No sé, Virgi, últimamente el orgullo es algo que se me resiste.

—¿Conduces tú o conduzco yo?

—Es la hora de la modorra para los hombres mayores.

Chamorro apartó con la mano un insecto imaginario.

—Eres el jefe. No te hacen falta excusas. Dame la llave, anda.

Obedecí y rodeé el coche hasta la puerta del copiloto. Por aquellos días, nuestra montura era un Cupra Ateca. Ni por fuera ni por dentro terminaba de convencerme, aunque no podía negarle las prestaciones. Era como si todo se conjurara para transmitirme la sensación de que era tiempo de rebajas. A quien se pasa una porción de sus horas en la carretera, la máquina en la que se desplaza le hace en buena medida las funciones de hogar, y lo cierto era que por cortesía de los delincuentes, y de los jueces que nos cedían el usufructo de sus caprichos cuando se los incautábamos, las habíamos tenido mucho mejores que aquella.

Chamorro arrancó el motor y al instante entró la radio, donde un tertuliano comentaba la que no sólo iba a ser la noticia del día, sino del año e incluso de la década. Lo acallé tan velozmente como pude.

Mi compañera asintió.

—Tampoco a mí me apetece ahora escuchar tertulias.

—Necesito silencio —le expliqué—, la apagaría incluso aunque se tratara de gente que sabe de lo que habla. También tengo que pedirte disculpas, voy a obligarte a asistir a una conversación particular.

—¿Y eso?

—Tengo una anciana madre.

—Ah. También yo, ahora que lo dices.

—Llamo yo primero y si quieres luego te relevo y llamas tú.

—No hace falta. Puedo hablar por el manos libres.

Mi madre tenía el móvil cerca. Lo cogió en seguida.

—¿Has visto al hombre este? —me dijo sin más trámite.

—Hola, mamá, supongo que te refieres al presidente.

—A ese mismo. Vaya cara de funeral. ¿Vamos a morir todos?

—Antes o después. Si te refieres a morir del virus, no creo.

—¿Y por qué lo crees?

—La plaga humana es resistente. Ha superado otras pestes antes.

—Yo no pienso morirme. Ahora que al fin estoy en paz con la vida.

—Tampoco yo, si puedo evitarlo.

—Os darán ropa de protección y todo eso, ¿no?

—Nos darán lo que haya.

—Entonces no vayas a los crímenes.

—Alguien tendrá que ir. Ya iremos viendo. ¿Estás bien?

—Cómo iba a estar. Igual que ayer. Por si acaso, apenas salgo.

—Pues a partir de ahora no salgas nada. Habla con mi prima. Que te ayuden con la compra, o si quieres te la pido yo por internet.

—Ya me apaño con ella, que por internet luego te traen lo que les da la gana. Menos mal que siempre tengo reservas. Y tú, ¿tienes papel?

—Creo que sí. Y si no, tengo bidé y teléfono en la ducha.

—No me seas escatológico.

—El tema lo has sacado tú.

—¿Dónde andas ahora?

—En Extremadura. Volviendo a Madrid.

—Con este asunto os dejarán parar un poco, ¿no?

—No sé. Supongo. Lo que permitan las necesidades del servicio. Si al final encierran a todo el mundo,

como parece que va a pasar, no va a haber muchos malhechores a los que seguir, ni manera de hacerlo.

—Mejor.

—Tampoco sé lo que tardaré en poder ir a Salamanca.

—¿No te van a dar un pase o algo así? A fin de cuentas, los que te paren serán de los tuyos; les dices que eres subteniente y listo.

—Si estoy fuera de juego, les digo eso y me crujen igual.

—No sé qué te llevó a unirme a esa gente. Me moriré sin entenderlo.

—Quizá es que no se me ocurría nada mejor. En fin, mamá, sólo quería saber que estabas bien. Si pasa cualquier cosa, me avisas.

—Qué va a pasar. Te he dicho que no pienso pillarlo.

—Por si las moscas.

—El que me preocupa eres tú.

—Pues no te preocupes. Me las arreglaré.

—¿Y mi nieto? ¿Has hablado con él ya?

—Lo hago ahora.

—Que tampoco me lo expongan sin necesidad. Mira que dejarle que se metiera en lo mismo que tú. En qué andarías pensando.

—Traté de impedirlo. Los hijos van por donde quieren.

—Ya sé, ya. Ten mucho cuidado, hijo.

—Un beso, mamá.

—Un beso. Y no hagas el tonto. Que te conozco.

—Vale.

Cuando colgué, no pude evitar soltar un suspiro.

—Miedo me da llamar a la mía —dijo Chamorro.

—Pues entonces no lo retrases.

—¿Te importa que lo haga con el manos libres?

—Si no te importa a ti...

—No tengo nada que esconderte. Ya la conoces.

La conocía, sí, porque la había visto en un par de ocasiones, en su casa de San Fernando, en Cádiz, a donde había ido a visitarla en cierta ocasión en que nuestra labor nos había llevado por aquellas tierras, y en un hospital, en Madrid, donde a la sazón se recuperaba Chamorro del balazo que había recibido en el curso de una operación en la que su jefe, es decir, yo, no había previsto bien todos los riesgos. A partir de ambas experiencias podía dar fe de que, en comparación, la sequedad castellana de la que mi madre no se privaba de hacer gala podía pasar por dulzura caribeña. La madre de Chamorro, coronela consorte de Infantería de Marina, habría desembarcado sola en Omaha Beach.

La conversación entre ambas transitó, poco más o menos, por las mismas veredas que la mía con la autora de mis días. Hasta que la madre de Chamorro cayó en el detalle de que le estaba hablando con el manos libres, por el ruido de fondo que percibía, y le preguntó:

—¿Vas conduciendo?

—Sí, estamos volviendo a Madrid.

—¿Estáis? ¿Anda ahí tu subteniente?

Chamorro cerró los ojos la fracción de segundo que le permitía la necesidad de seguir atenta a la carretera. Luego me miró de soslayo.

—Hola, Carmen, ¿cómo está usted? —me interesé cortésmente.

—Acojonada, cómo voy a estar.

—De usted eso no me lo creo.

—Pues créetelo. Por la niña, sobre todo.

—Yo se la cuido —le aseguré.

- No me tires de la lengua, anda.
- No soy de los que fallan dos veces, esté usted tranquila.
- Eso dicen todos.
- Aquello fue un accidente, mamá —intervino Chamorro—. Lo de ahora no tiene nada que ver. Y además, piensa una cosa.
- Qué cosa.
- Si nos encierran a todos, bajarán los delitos.
- ¿Estás segura?
- Es una función. El número de crímenes. De la gente que anda por la calle. Reduciendo esa cifra la otra caerá a plomo, ya lo verás.
- Ya salió la matemática.
- Bueno, para algo me ha de servir.
- Para más podía haberte servido. En vez de la pamplina esa de las estrellas y de meterte a levantar muertos, podrías haber elegido irte por lo de los algoritmos y los ordenadores y serías millonaria.
- O no.
- Todavía estás a tiempo de cambiar.
- Chamorro miró al techo del vehículo.
- De momento me gusta estar donde estoy; cuando me echen, ya veré. Lo que te digo, que habrá menos escenas del crimen que analizar, así que, mira por dónde, esto a lo mejor hasta nos da una tregua.
- Casos a medias tendréis, seguro.
- Tampoco podremos hacer mucho con ellos en la calle —apunté, en apoyo de Chamorro—, nos dedicaremos a las tareas de oficina.
- Oye, que soy vieja, pero no tonta.
- Y para quien tenga que ir a ver un crimen, algún EPI tenemos.
- ¿Algún qué?

—EPI, equipo de protección individual. Como esos monos blancos que llevan los chinos en las imágenes que se ven de allí en la tele.

—Pues ocúpate de que a mi hija no le falte.

—Me ocuparé, descuide.

Chamorro hizo con los dedos el gesto de cortar con una tijera.

—Bueno, mamá, te llamo luego. Sólo quería saber que estabais bien. Y que supieras que por aquí todo está en orden. Dale un beso a papá.

Su suspiro fue unas tres veces más ruidoso que el mío.

—Un día tenemos que juntarlas —dijo.

—Míralo por el lado bueno —sugerí—. Nos quieren. Y después de todo, algunas armas nos han dado para salir adelante en la vida. Nos las siguen dando. Aunque sea leyéndonos la cartilla como ahora.

El sol se ponía a nuestras espaldas mientras el Cupra iba devorando el asfalto en dirección a Madrid. Cada vez había más tráfico de cara.

—Las ratas abandonan el barco —observó Virginia.

—Si yo tuviera una casa en el campo, también aprovecharía.

De pronto se le arrugó la frente.

—A ver dónde para esto —dijo—. Temo por ellos. Por los mayores.

—Sólo hay una cosa que pueda hacer uno cuando el mal lo supera. Algo que la gente de hoy ha olvidado. Salvo ellos, los mayores.

—El qué.

Conecté el teléfono al equipo de sonido del coche y busqué el vídeo en YouTube. Me salió a la primera. Subí el volumen y di al *play*. Tras el arranque solemne

de la melodía, interpretada por una orquesta de cuerda, sonó la voz de Franco Battiato cantando *L'ombra della luce*.

—*Difendimi...*

Con el vello erizado, como siempre que la escuchaba, respondí:

—Lo que hace aquí este hombre. Rezar.